

Entenhebrada la música

La arquitectura sublime del aroma
emergió en el ojo de la tormenta.

Un niño rezó bajo su copa
mientras los brazos del padre
rotando la tierra daban el jardín,
y el cielo astillaba mil diamantes celestes.

El murmullo que fue el principio
devino en música a través
y presidió, gobernó el cuerpo bajo el aroma,
cantó y se tendió
sobre la armónica dispersión de las ramas.

Malvas flores en un aroma devanaron
mezclándose con agua de lluvia;
una a una, como fugaz concilio,
sembraron su estera a los pies del niño.

Y ahí, donde todos los vientos y la visión se anudan,
ahí, donde el gesto de la carne se aúna,
en los brazos del padre
fui a los rayos elevado.

Disonancia

El canario iba en principalía rasgando los velos del viento,
nos abría un túnel de vacío y sonido por el cual pasábamos;

mi padre con su sonrisa indicaba la altura del canto en la jaula,
y yo sólo podía ver cómo al canario la voz le vibraba en el pecho.

En el patio, la casa, el jardín,
la melodía cundía la armonía.

Sólo que el viento volvió su cara
del este hacia el oeste
y cambiando el tono de arrullo en las hojas
dejó que la voz se quebrara.

Entonces la mano de mi padre tomó la mía y me llevó al jardín
a jugar con el perro.

Desde ahí pude oír disonante al canario
cantarle a otro viento.

Necio, sordo,
fuera de tono,
acaso fuese yo.

Nocturnas

Astillas
bajo el puente
imaginante
y seco.

Algas cubrían el recuerdo.
Animales viscosos:
en el ardid
de lo perfecto
naturaleza ofrece
sus descuidos.

Como esa manera
—humana, del instinto
de amar,
las pegajosas
nocturnas
fugitivas estrellas.

El ciudadano

Hojas que el viento
lleva o trae
 como en un juego
de humillaciones;
 somos, en los ciclos
del tiempo
 una mirada burlada,
que cava en el acontecer
 incertidumbres y sonidos,
explicaciones ateridas,
 fantasmas que acentúan
la fragilidad de los abrazos;
 pedazos del mundo
utopías que la libertad hace posible,
 columnas de acero
como los cristales de las lluvias
 que sostienen el universo.

Epicúreo

Rodeados de muros en el retazo de la tarde,

mi hermano danzaba
cisnes de pelota
y las mejillas de mi hermana
oropelaban sonrisas,

yo paladeé del color a sol y sombra
acariciando en los muros las figuras del asma,

y en un rincón el perro
se hizo todo de roer su hueso.

Los días hilaban una única tela.

Y porque estábamos juntos
no importaba
lo que abuelita trajese a la merienda.

Jazmines

Abiertos los jazmines al fondo del jardín,
sobre los pétalos las manos pasan.

Cada tramo sustancia con su dedo
la ternura lila y blanca
que octubre apoya contra el muro,

sol y aura rielan
inmanentes

y a un costado, el parrillero,
el domingo quema.

Del fondo del jardín al centro de la mesa
une un perfume enredado por el humo,
con agüita
el jarrón de flores.